



CAPÍTULO VIII

GINOCOLOGÍA ROMANA

Pocos días después de ocurridas las escenas anteriores encontrábase juntos, de amena tertulia y en larguísima velada, Persio, Séneca, Lucano, en casa de este último. Presidía esta junta una joven hermosísima, en quien resaltaban sendas cualidades de cuerpo y alma, como prestancia é inteligencia. Era Pola esta joven, poética mujer del poeta Lucano. El ocaso de la libertad, que había quitado muchas agitaciones á la vida pública, reconcentrábalas en la vida privada; lo que apenas podía ni decirse ni menos comentarse por los ciudadanos en las plazas, decíase y comentábase por las familias en el hogar. Así la elocuencia, del senado y del comicio expulsada, huía por necesidad á refugiarse dentro del cubículo, plegando sus alas en tan reducida jaula, pero consiguiendo en cambio que la mujer, incapacitada de hablar en público, la cultivase y la prosperara en privado. Entre las mujeres latinas de aquellos tristes días no brillaba ninguna con el resplandor de Pola. Hermosa, inteligente, instruída, todos los literatos gustaban de su conversación y le pedían parecer sobre las obras que laboraban con empeño. Y no

solamente requerían su amistad los encantados por su belleza y los esclarecidos por su palabra; requeríanla cuantos cultivaban la virtud, y si no la cultivaban, le ofrecían verdadero culto. Cuando por todas partes el despotismo fomenta los vicios, como cómplices del poder suyo y debilitantes del pobre pueblo, una joven hermosa y casta, capaz de restaurar la vieja virtud latina, debía resplandecer á la vista de todos como un verdadero ideal. Pues á esta especie de mujeres pertenecía Pola, y como á este género de mujeres pertenecía, circuíanla todos cuantos brillaban por un mérito cualquiera en la Ciudad Eterna. Y esta sociedad, tan selecta de suyo, había procurado á Pola una especie de adopción por el filósofo Séneca, quien como á hija verdadera la quería, y un matrimonio legítimo con Lucano, sobrino carnal del filósofo. Desde que Pola entró en la casa del primer poeta romano entonces y cautivó la voluntad suya rendida por completo al amor de tan excelente joven, sugirióle con insistencia el proyecto de cantar la República muerta, y cantando la República muerta de poner con este cántico un sello de reprobación al despotismo. La República tenía mucho partido entre las mujeres romanas distinguidas. De natural orgulloso, no podían sufrir la humillación á los patricios infligida por los césares. Luego recordaban la influencia moral é intelectual por las mujeres alcanzada en los gustos y en los hábitos de la República romana. Pola, pues, impulsaba el corazón de su marido á escribir el poema de la República, y quería que apareciesen las mujeres verdaderamente republicanas como un ideal de altísima instrucción y como un ejemplo de santo proceder á la vista del pueblo romano, movido por un poeta del estro de su marido al culto por instituciones sacrosantas, las cuales podían estar eclipsadas, pero no muertas. Y en su exaltación por el sexo á que pertenecía, Pola consideraba inútil todo empeño de restaurar la República como no se restaurase la virtud é inútil todo empeño de restaurar la virtud como no se redimiese y no se purificase antes la mujer. Así había constituido una especie de asociación, donde se cultivaba cierta clase de filosóficos estudios, cuyo conjunto debe llamarse Ginocología, palabra que significa la ciencia de la mujer. Siempre que Lucano escribía cualquier verso de su epopeya republicana *La Farsalia*, encaminada en sus propósitos á restaurar la libertad, Pola insistía en que fuese la verdadera

heroína de tal composición una mujer como Porcia, la nieta de Catón, la esposa de Bruto, muerta de muerte voluntaria por no haber podido sobrevivir á la derrota suprema y definitiva del ideal antiguo en la triste jornada de Filipos. Para departir sobre tal asunto habían reunido Pola y Lucano, en la noche que describimos, á Persio, el poeta satírico, y al excelso espiritual padre de su esposo, á Séneca. No debe olvidar quien leyera esta historia un estado de ánimo como el que tenían estos filósofos y poetas, muy amigos y aun privados de Nerón; mas á pesar de tal amistad y privanza, muy embargados, si no en la obra material, en el plan teórico de restaurar la República. Con el pensamiento, con el espíritu, con todo lo que había de superior en ellos eran republicanos; y con el interés, con el estómago, con todo cuanto había en ellos de animal y de inferior servían al emperador. Así nada les placía tanto como, después de haber cenado con el joven príncipe y haberle oído sus disertaciones acerca de música y poesía, irse á cualquier centro de conjura moral y engolfarse con empeño en largos coloquios referentes al triunfo de la República. Tras todo lo acaecido en aquellos días, el espíritu de cada romano patriota se tornaba con amor al viejo mundo histórico y suspiraba por una indeclinable resurrección de la República. El emperador Claudio, empeñado en dejar su diadema sobre las sienes de Británico, y Agripina, empeñada en arrancarle al propio esposo la corona, siquier se viniese también con la corona la cabeza del emperador á sus pies, hacían que se mirasen universalmente con añoranza irremediable los pasados tiempos y las concluidas instituciones. Así no debemos por manera ninguna maravillarnos si Pola escogió tal ocasión por los cabellos y juntó con su marido Lucano á Persio y á Séneca, para disertar sobre la necesidad imprescindible de una purificación de la mujer, por cuya virtud pudiera lactar é instruir los hijos á un tiempo, robusteciéndolos en su cuerpo y educándolos en su inteligencia, á fin de que fuesen al cabo dignos verdaderamente, no sólo de restaurar la República, de lo más difícil, de conservarla perdurablemente. Sobre la tesis de Pola versaba la conversación de aquellas cuatro personas, más movidas por un deseo de acallar la propia conciencia, que por la seguridad y la certeza de rehacer las antiguas históricas leyes.

— ¿Conque, por fin, has conseguido, Séneca, lo tan deseado? — preguntó Pola.

— ¿Respecto de qué? ¡Deseo yo tantas cosas, á veces inasequibles!... — respondió con tristeza el filósofo.

— Respecto del casamiento de Nerón.

— ¡Ah! Sí.

— Me alegro — dijo Lucano, que grababa distraídamente versos en sus tablillas de cera.

— ¡Ya era hora! — observó Persio.

— No podéis imaginaros con qué género de obstáculos y dificultades he tropezado — dijo Séneca.

— ¡Ya lo creo! No hay medio ninguno de llegar á entenderse con persona tan tornadiza y cambiante como Nerón — añadió Pola.

— Estaba en lo justo Agripina... — observó Séneca.

— ¿En lo justo? ¿Agripina? — preguntó Persio echándose á reir con estrépito de sus dos preguntas.

— Sí, cuando aseveraba la imposibilidad completa de pedir la corona del mundo á Claudio para Nerón, si éste no tomaba por su casamiento con Octavia un verdadero puesto y nombre de hijo, con el cual cohonestar la desheredación de Británico.

— Pero decíase lo indecible, Séneca — murmuró Pola; — decíase que Nerón estaba enamorado.

— ¡Vaya si lo está!

— ¿De veras? — preguntó Persio.

— ¡Y tan de veras! — contestó Séneca.

— Increíble parece un amor intenso y único en aquella ondulante alma de tan irremediable inconsistencia.

— Pues había quedado prendido en el amor de Acté y no me apenaba eso á mí.

— ¡Acté! ¡Una esclava! — exclamó Persio.

— Pues por esclava la quería yo.

— ¿Por esclava? — preguntaron asombrados á un tiempo la noble Pola y el poeta Persio.

— ¡Por esclava! — dijo Séneca recalcando su afirmación.

— Explicáte, Séneca — le dijo Lucano á su tío, — porque ni Pola ni Persio te comprenden.

— Pues nada más fácil — respondió Séneca.

— Explícate, pues — le dijeron Pola y Persio.

— Cualquiera otra joven, al verse predilecta de un príncipe destinado á reinar, ó le hubiera obligado á un matrimonio fácil en las exaltaciones del infeliz, ó le hubiera pedido una grande parte para los suyos en el goce y en la distribución de los favores del gobierno y de los provechos del poder.

— Verdad.

— Con Acté no puede ocurrir esto, porque la infeliz está por tal modo conforme con su condición de sierva, que ni sueña con otra superior ninguna.

— Pero me han contado — añadió Pola — que Nerón ha ido á su casamiento como pudiera ir á un patíbulo.

— ¡Yo lo creo; como enamorado de la mujer á quien tenía que dejar y desenamorado de la mujer con quien tenía que unirse! — dijo Séneca.

— Por manera — observó Lucano — que ya está todo apercebido á la sucesión imperial.

— Todo — dijo Séneca.

— Y ¿creéis que podemos vivir así? Lo necesario es consagrarse á restaurar la República, y para restaurar la República lo necesario es consagrarse á purificar la mujer — exclamó Pola, elevando hasta el acento épico su natural observación.

— Como que no pensamos en otro asunto — dijo Lucano. — Apenas podemos consagrarnos á nada que no sea el continuo esfuerzo para la consecución de tu empresa: republicanizar á la mujer.

— No hay otro remedio. ¿Creéis que con dos mujeres como Agripina y Mesalina no se pierden los mayores y los más fuertes Imperios? — preguntó Pola.

— ¡Vaya si lo creemos! — exclamaron los tres eximios escritores.

— Pues en tiempo de la República no nacían mujeres como esas — observó Pola.

— Verdad también — exclamaron en varias formas de asentimiento los escritores.

— Pues si no nacían mujeres como esas, hay que atribuir al Imperio el cambio de las mujeres y el nacimiento de tales monstruos con faldas.

— Así parece — dijo Persio.

— Nuestros padres — decía Pola, — nuestros padres conservaban á una con sumo cuidado las instituciones antiguas, especialmente las establecidas en base tan indispensable como la virtud femenil.

— Es verdad — añadió Séneca, — y por eso establecieron en las costumbres un culto religiosísimo á las matronas romanas y establecieron en las leyes una institución como las vestales.

— Y en estos tiempos tenemos por matrona romana una mujer como Agripina y tenemos por vestales un colegio de vírgenes tal, que, á la llegada de Claudio, el día de su venida de las orillas del Tirreno á castigar los adulterios de Mesalina, intercedieron sin empacho por la terrible adúltera — dijo Pola.

— En tiempos de verdadera libertad republicana, imposible que sucediera tal cosa, de todo punto imposible. La República se funda en la virtud, y el Imperio en la perversidad de los hombres. Así éste lo corrompe todo, y aquélla lo purifica — dijo Lucano.

— He aquí por qué — añadió Séneca — un acto meritorio hacemos cuando nos reunimos aquí al fin y objeto de prosperar las antiguas virtudes: sólo restableciéndolas, podremos también restablecer las instituciones que fundaron, que sostuvieron, que glorificaron.

— De tal manera en tu sentido abundo, que yo propondría una reorganización de las vestales — dijo Pola — para con ella restablecer este cuerpo de sacerdotisas consagradas á la virtud. Y así como le ruego á Lucano que nos refiera en su poema las estoicas virtudes romanas de Porcia, le ruego á Persio que recuerde los rigores empleados por las antiguas leyes en las vírgenes que faltaban á sus votos.

— No hago, en cumplimiento de su orden, otra cosa — dijo Persio — de antiguo.

— Cuéntanos la historia de Minucia para que vean Séneca y Lucano cómo te propones restablecer las antiguas virtudes en el pueblo rey, poniéndole ante los ojos el rigor con que castigaban nuestros padres toda flaqueza en la observancia y cumplimiento de aquellos estatutos sacratísimos.

— Haces bien — dijo Séneca — sosteniendo con firmeza y con empeño el propósito de Persio, propósito muy loable.

— ¡Ah! ¿No sabéis lo que dirán de nosotros? — preguntó Lucano.

— ¿Qué dirán? — volvió á preguntar Séneca.

— Dirán que muy bien escribimos, pero que muy mal procedemos. ¡Obras, no palabras, han menester la virtud y la libertad, obras!

— ¡Cállate, inexperto! — dijo Séneca, reconviniendo á su ilustre sobrino, — ¡cállate! Siempre me han dado en rostro mis enemigos con que hablo de una manera y procedo de otra, lo mismo que tú dices. Pues no tienen razón. Ni Sócrates, ni Platón, ni otro alguno de los sabios enseñaron á vivir como vivían ellos en la realidad, sino como debe vivirse, atendiendo á los principios eternos de la moral y de la ciencia. Yo nunca de mí hablo al hablar de la virtud. Puedo no practicarla y sin embargo quererla, como puedo aborrecer el vicio y seguirlo. Hay muchos en quienes la voluntad puede más que la conciencia. Pero por muy pervertida que la voluntad esté, no llega nunca su perversión al cielo del espíritu, no llega nunca jamás al disco brillantísimo de la humana conciencia. Yo podré tener una vida mala, pero soy tributario de la virtud con declararla preferible y buena. En todo hay mácula y en todos murmuraciones. ¿Qué más puede hacer un hombre sino sacrificar su vida por la virtud? Pues partíos el corazón, prefiriendo la muerte al error ó al crimen, y os llamarán unos temerario y os llamarán otros demente. Y sin embargo, hay que oponer la calma imperturbable á la malicia general. ¿Que los filósofos no hacen todo cuanto aconsejan? Pues de hacerlo, serían perfectos. El consejo tiene una pureza ideal de que carece la práctica, siempre amargada por las horribles levaduras del mal. Hay que agradecerles hasta las palabras buenas, pues peor fuera que hasta las palabras suyas, de los demás tan instructivas, resultasen malas. No podrán tocar á la cima, pero suben de repecho la cuesta. Algo grande hago en proponer las cosas grandes.

— Perdona, Séneca — le dijo Lucano, atónito ante las sentencias del maestro, — perdona si mis palabras te han dejado un sabor amarguísimo en el paladar y en el labio. No las asestaba, no, á tu seno; las volvía contra mí, como Catón volvió contra sí la propia espada. Me quejaba de que suspirásemos por la República desde la corte y la privanza de los césares.

— ¿Qué hacer? — preguntó melancólicamente Séneca.

— Restaurar — dijo Pola — con todas nuestras fuerzas el concepto de la virtud antigua en los ánimos para que luego en la vida se practique; rehacer el culto á la matrona romana para que genere y eduque hombres libres; traer el alma que animaba la República, y para esto cultivar los grandes recuerdos. Nosotros tenemos todas nuestras enseñanzas en lo pasado. Procuremos repetirlo para lo porvenir. Levantemos los grandes ideales. Persio, recuerda en tu lenguaje inspiradísimo la historia de Minucia para que vean cómo castigaban los viejos romanos la voluptuosidad y nos decidamos á seguirlos imitándolos.

— Minucia iba llegando á los once años — dijo Persio, — y no podía sospechar que le tocara la suerte de vestal, realmente reservada por antiguas costumbres á niñas de menor edad que la suya. Por esta convicción comenzó á oír los requerimientos y reclamos de amor que le dirigiera un joven patricio, en quien á porfía se juntaban las prendas del cuerpo con las prendas del alma y el temperamento varonil con graciosa belleza. Dados estaban uno y otro amante á sus esperanzas; convenidos en el día y hora de reclamar á sus padres las debidas licencias; en fin, prometidos, ó novios, ó desposados eran; y ya creían tocar la común ventura, cuando el pontífice máximo envía por la joven, anunciándole como era el caso de renunciar por treinta y más años á todo amor, elegida y designada para sacerdotisa de Vesta. ¡Pobre niña! Los ensueños que doraban su juventud, las dulces emociones sentidas al despojarse de su infancia, las esperanzas risueñas á cuyo calor la sangre le ardía en todo el cuerpo, aquellos sus amores beatos que completaban el ser y que prometían la ventura con la honra, desvanecíanse para siempre bajo funestísimo número sacado á capricho por un pontífice implacable, quien inmolaba cruelísimo dos corazones jóvenes en el albor de su dicha y en la florescencia de sus esperanzas. Cuando se ha llevado á orden rigurosa una tierna niña, incapaz de sentir por su edad pasión alguna, puede acomodársela fácilmente con empeño y tiempo á los rigores de una disciplina demasiado severa; mas imposible amoldar con facilidades iguales á un rito contradictorio con el ser propio aquella virgen que ha columbrado más espaciosos horizontes y que ha entrevisto en sus ilusiones y en sus esperanzas la felicidad suprema del amor. No debe, pues,

maravillarnos que ave tan hermosa como el alma de Minucia, des-
acostumbrada de jaula tan estrecha como la orden romana, quisiese
volar por otros espacios más amplios y por otros cielos más esplén-
didos, en busca del amor, á cuyo imperio entregara y rindiera su
albedrío. El exceso de cuidado en sus vestiduras; el suspiro puesto
á hurtadillas lejos, muy lejos del aire impregnado por la mirra y
el incienso de Vesta; las palabras escapadas en el curso de sus con-
versaciones más íntimas; los ensueños mismos traslucidos en frases
incoherentes, demostraban que mientras el cuerpo de Minucia se
rendía por obediencia y acatamiento al imperio de las leyes religio-
sas, volaba el alma extática por profanos recuerdos, propios tan sólo
de antiguo é invencible amor. Lo cierto es que signos celestes de
cólera divina comenzaron á dibujarse con aspecto siniestro por los
cielos airados y que plagas innumerables cayeron sobre la Ciudad
Eterna, culpada indudablemente de algún tremendo crimen. Reuni-
dos los augures y consultados los augurios, no quedó ni asomo de
duda respecto al motivo y causa del desorden. Vesta debió ser
desacatada por alguna sacerdotisa ligera y de sus votos olvidada,
pues todos los signos subsiguientes á casos de tal índole centellea-
ban por las alturas y despedían relampagueos bien siniestros. En-
tonces un esclavo del templo, verdadero esbirro, muy complacido
en tomar este desquite de su infame humillación de casta, delató
sin piedad á la pobre Minucia, imputándole crimen de suyo tan ver-
gonzoso y horrible como el haberse acercado impura, sin inocencia
en el alma y sin virginidad en el cuerpo, á los altares de Vesta,
irritadísima por semejante desacato. ¿Cómo no creerlo? Había ido
allí núbil y hermosa tras unos amores próximos á inmediato matri-
monio, encendidos los ojos á las caldeadas lágrimas, roto el pecho
á los amargos suspiros, plañéndose con lamentos parecidos á los
del avecilla en celo que pierde sus amores ó su prole, resistiéndose
á las tijeras sacras que le cortaran el cabello, como hubiera podido
resistirse á la cuchilla que le segaba la garganta, y mostrando sus
preferencias á un hogar bien diverso del amplísimo que presidía y
habitaba Vesta. El forcejeo continuo de la joven sacerdotisa bajo
su abrumadora cadena, la triste añoranza de otros lugares y otros
tiempos, la repulsión á sus nuevos oficios, delataronla más todavía
que la delación horrible del esclavo. Inmediatamente los jueces

litúrgicos, designados por la tradición y por las leyes para el cono-
cimiento y juicio de casos tales, congrénganse reunidos por el pú-
blico clamor, que pide una satisfacción inmediata, bastante á des-
fruncir el encolerizado entrecejo de la diosa implacable. Antes de
reunirse los jueces, ya el pontífice prohíbe á la triste acusada todo
contacto con los objetos litúrgicos y toda proximidad al sitio pro-
fanado. El aula regia, ó sea el monasterio contiguo al templo, se
llena de los magistrados y ministros necesarios para un juicio tan
grave. Por fin la vestal acusada se presenta en el
sitio terrible donde los jueces han de pregonar su
veredicto tras las necesarias ceremonias litúrgicas. Ninguna turbación, ninguna, en su aspecto; nin-
gún descuido, ninguno, en su actitud. Contenida,
reservada, modesta, conforme con la triste suerte
que le deparaba el destino, incapaz de acusarse á
sí misma con excesos violentos en la propia de-
fensa, parecía ignorar hasta de lo que trataban y
ni presentir ni presagiar su triste desventura. El
refinamiento de su traje había servido como de
indicio para los cargos y las acusaciones. Pues lo
presentó en el tribunal con mayor esmero. Olía su
cuerpo á profanas esencias, brillaban sus ojos con
los centelleos del amor humano, el blanco lino de
su estola presentaba nitidez y plegado extraordinario, lucían en
sus manos ramilletes de gayas flores y en su cabeza refulgentes
lazos de oro, cual si quisiese agradar á un mortal apasionado
y sensible antes que á una divinidad rígida y austera. Habíase
quitado el velo multicolor que las vestales agarran con brillantí-
simo corchete á su cuello, y ora lo dejan flotar sobre sus es-
paldas, ora lo ponen sobre su cabeza, con ánimo de que nube
ninguna ocultase todas aquellas sus armoniosas líneas y todas sus
espléndidas gracias. Veinte años tenía, y nueve llevaba ya de reli-
gión. La rigidez terrible de aquellas leyes, la imposición de aque-
llos hábitos religiosos, la vida mesurada por una especie de mate-
mática celeste, los oficios prestados y prestables al templo de su
orden y al numen de su diosa no lograron acabar en ella con el
temperamento civil y profano adquirido en una juventud, á la cual



Pontífice